

con la agilidad del pico, ni corren con la ligereza de la gallina, y que no nadan con el aplomo del cisne, pero ¿no podría decirse otro tanto del hombre? Los loros, sin embargo, son muy ágiles; las grandes especies vuelan pesadamente, al parecer, si bien con rapidez; las pequeñas sobresalen en este ejercicio; esto me consoló casi de la pérdida de una pequeña cotorra (*Melopsittacus undulatus*) que huyó con rauda vuelo de la jaula donde yo la tenía. Corataba el aire como un halcón, y moviase cual una golondrina. «Los aras, dice el príncipe de Wied, vuelan con lentitud, y baten vigorosamente el aire con sus alas, llevando la cola horizontal; los *maracanas* y los *periquitos* vuelan con mas rapidez, y atraviesan el aire como una flecha; el vuelo de los loros propiamente dichos es bastante tardo, dando alatazos repetidos con sus cortas alas para mover su pesado cuerpo.»

A muchos loros parece estrañarles el suelo, y saltan mas bien que andan; pero hay especies terrestres cuyos individuos corren con tanta rapidez como una zancuda. El nimfo de Australia puede compararse con una becada por su modo de andar; Gould habla de un platicerco que corria como un ave fria. Si es dificultoso para los loros saltar de rama en rama, no por esto se mueven menos rápidamente en los árboles, revoloteando ó brincando; la única diferencia que existe entre ellos y las demás aves, es que estas solo se sirven de sus patas, mientras que aquellos se valen al propio tiempo de su pico.

No nadan tampoco mejor que una gallina ó un mirlo, y no pueden sumergirse; pero en las demás circunstancias saben utilizar sus miembros mejor que las demás aves. Las patas les sirven de manos; su pico es mas movible que el de cualquiera otra especie; ninguna lo maneja tan bien, siendo las únicas aves que se valen de él para trepar.

Su voz es fuerte y chillona aunque no del todo desagradable, distinguiéndose por su flexibilidad y expresion. Hay ciertas especies, como por ejemplo, la pequeña cotorra ondulada, cuyo macho al enamorar á su compañera entona un canto tan agradable, que se le podría clasificar entre las aves cantoras; otras hay que aprenden á silbar ciertos aires mejor que pudiera hacerlo un canario.

Todo el mundo sabe cómo los loros llegan á imitar la voz y la palabra humanas; aventajan por ello á todos los demás animales, y hacen en este concepto cosas increíbles: no charlan, sino que hablan, y hasta puede decirse que saben lo que las palabras significan.

Por lo regular se desliza la existencia de los loros en los bosques, si bien algunas especies viven en las llanuras desprovistas de árboles y en las estepas; otras se elevan en los Andes mas allá del límite de los árboles, á 3.600 metros sobre el nivel del mar. He observado que en el nordeste de África no se veian sino donde habia monos; de modo que casi se podría considerar á estos animales como inseparables. Cuanto mayores son los bosques y mas rica la vegetacion, mas abundan los loros. «En las selvas de los trópicos, dice el príncipe de Wied, forman la mayor parte de la poblacion alada.» Lo mismo sucede en Australia, en varios países de la India y en ciertas partes de África, donde son tan comunes como entre nosotros los cuervos y los gorriones.

Donde quiera que habitan llaman la atención, embellecen los bosques con su plumaje y los animan con sus gritos. «Los loros, dice el príncipe de Wied, engalanan con sus plumas de brillantes colores las sombrías selvas vírgenes de los trópicos.» — «Es imposible describir, dice Gould, el mágico espectáculo que ofrecen los loros de rojo plumaje, volando en medio de las acacias de plateadas hojas de la Australia, sobre las cuales se destacan los magníficos colores de las pintadas aves.» — «Los cacatúas, exclama Mitchell entusiasmado, transforman las alturas donde habitan en un país de delicias.» — «Yo los he visto, dice Audubon, cubriendo completamente las ramas de los árboles, tan compactos y oprimidos como si fueran un solo animal.» — «Por mañana y tarde, cuenta Schomburgk, se divisan innumerables bandadas de loros que cruzan los aires atronando el espacio con sus gritos: cierta tarde vi á una caer sobre los árboles de la ribera, y las ramas se doblegaban bajo el peso de aquellas aves.» — «Es preciso haber vivido en estos países, dice Humboldt, y sobre todo en los cálidos valles de los Andes, para comprender cómo los gritos de los loros pueden dominar por completo el mujido del torrente que se precipita de roca en roca. ¿Qué serian sin ellos los grandiosos bosques de los trópicos? Nada;... el triste jardín de un encantador, el dominio del

silencio, el desierto; ellos animan la soledad, le dan vida, maravillando á la vez la vista y el oído.»

Fuera del periodo del celo viven los loros en sociedades ó bandadas muy numerosas; elijen su residencia en un sitio del bosque, y de allí parten todos los dias al emprender sus excursiones. Los individuos de una misma bandada permanecen fielmente unidos entre sí y comparten su buena ó mala suerte. Todos abandonan juntos por la mañana el sitio donde han pasado la noche; se posan sobre un árbol ó en un campo, á fin de comer los frutos; colocan centinelas para que vigilen por la seguridad de todos, y están atentos á sus advertencias. En caso de peligro emprenden la fuga, sosteniéndose mutuamente, y vuelven juntos al sitio acostumbrado: en una palabra, viven continuamente reunidos.

«Á los primeros albores de la brillante aurora de los trópicos, dice el príncipe de Wied, pónense en movimiento los loros; secan sus alas húmedecidas por el rocío; ejercitáanse retozando; se llaman con sonoros gritos; hacen mil habilidades en los árboles, y emprenden despues su rápido vuelo para buscar la comida. Por la tarde vuelven todos puntualmente al lugar que les sirve de abrigo.»

Tschudi ha observado asimismo en el Perú las cotidianas excursiones de los loros: hasta los indígenas han dado el nombre de *journalera* á una especie que baja regularmente todas las mañanas de la montaña para volver por la tarde.

Vaillant refiere que los loros del sudoeste de África van en reducidas bandadas á buscar su alimento. Hacia el medio dia acostumbra á bañarse; durante las horas de mas calor se ocultan en el follaje de los árboles; dispérsanse de nuevo; se bañan una vez mas, y vuelven á pasar la noche al mismo sitio de donde salieron por la mañana.

El lugar de reposo no es siempre el mismo: unas veces elijen la cima de un árbol, otras la pared de alguna roca agrietada, ó bien un tronco hueco, que es lo que suelen preferir.

«La cotorra de la América del norte (*conurus carolinensis*), dice Audubon, se alberga en un árbol hueco ó en el nido de un gran pico, abandonado por este. Á la hora del crepúsculo se pueden ver bandadas de estas aves, que se reúnen al rededor de los añosos sicomoros y de otros árboles huecos; agrúpanse á la entrada de la cavidad y penetran en ella una tras otra; si falta sitio, las que no han podido entrar se suspenden al rededor de la abertura con sus patas y su pico. Diríase al verlas que este órgano solo sostiene todo el peso del cuerpo; pero mirando con un antejo de larga vista pude convencerme de lo contrario.»

En las selvas vírgenes y en las orillas del Nilo Azul, he sorprendido con frecuencia, durante la hora del crepúsculo, á los loros que penetraban en los troncos huecos de las adansonias. En las Indias, segun cuenta Layard, el paleornis de collar (*paleornis torquatus*) pasa la noche en las espesuras de bambúes. «Todos los loros, los grajos y los cuervos de varias millas á la redonda, se reúnen por la tarde en los bambúes, y despues de ponerse el sol, hasta que cierra la noche, y desde que brilla la aurora hasta la entrada del dia, percibe el oído del viajero el rumor producido por aquellas aves, semejante al que formarían numerosas máquinas de vapor. Algunas bandadas regresan tarde de sus excursiones, y entonces vuelan las aves rasando la tierra, y chocan á menudo contra los cuerpos sólidos que encuentran. Varias noches seguidas se hallaron loros muertos por haberse estrellado contra las paredes ú otros obstáculos.»

Layard traza una descripcion muy animada de las costumbres de la cotorra de Alejandro, muy comun en Ceilan. «En Chilaw, dice, he visto á las cotorras posarse en los cocoteros del mercado, que les servian de refugio, y era tal su número, que sus gritos dominaban completamente á los de los vendedores. Me habian hablado de aquel espectáculo, y cierta tarde me puse en observacion en un puente de los alrededores para ver si podría calcular el número de las aves que llegaban por una sola parte. Hacia las cuatro aparecieron algunas bandadas dispersas que volaban á su retiro; despues llegaron otras cada vez mas numerosas, y al cabo de media hora pasaban de continuo, hasta el punto de ser imposible contar las bandadas. Elevábanse algunas en el aire por encima de los árboles, dejándose caer despues verticalmente; otras volaban rasando la tierra: de tal modo que me tocaban varias el rostro con sus alas; pasaban rápidas como el pensamiento, y brillaba su plumaje á los rayos del sol. Permanecí en mi puesto hasta que oscureció, y aun las oia pasar sin verme posible verlas en medio de las tinieblas,

Disparé la escopeta y elevóse de pronto un sordo rumor, semejante al del viento muy fuerte; comenzaron á revolotear las cotorras, y lanzaron tales gritos, que no lo olvidaré jamás; su voz penetrante, su continuo aleteo, y el frotamiento de las hojas producian tanto ruido, que me di por muy contento cuando me encontré en casa.»

Las cimas de los espesos árboles son indispensables para los loros como lugar de reposo seguro; y mas bien buscan un buen escondite, que un abrigo para preservarse de la intemperie; les gusta el calor, mas no temen el frio, ni menos la lluvia. «En medio de las terribles tempestades de los trópicos, dice el príncipe de Wied, que oscurecen á veces el cielo, se vé á los loros inmóviles, posados en las ramas mas altas, y dejando oír su alegre cacareo; mientras que el agua chorrea de sus alas. Podrian encontrar cerca un abrigo en el espeso follaje; pero parecen complacerse en recibir la cálida lluvia de la tempestad: cuando esta cesa, apresúranse, no obstante, á secar sus plumas.»

No sucede lo mismo cuando hace buen tiempo: entonces buscan el sitio mas sombrío del árbol para sustraerse á los ardores del sol, ó acaso para ocultarse, como lo hacen cuando les amenaza un peligro. Saben perfectamente que una espesa copa es el mejor escondite para los seres cuyo plumaje es del color del bosque, y que difícilmente se les puede ver allí. Se dá el caso de que haya cincuenta loros en un árbol y no se divise ninguno, aunque se sepa que están en él.

Prescindiendo de esto, tambien recurren á la astucia, pues no quieren ser vistos: si uno de ellos divisa á cualquier enemigo á tiempo, dá la señal de alarma y todos se callan al instante; retíñanse al centro del follaje, trepan silenciosamente, y se dirijen del lado opuesto á aquel en que se oyó el ruido; emprenden entonces su vuelo, y no dejan oír su voz hasta que se hallan á unos cien pasos de distancia, cual si quisieran burlarse del importuno que los molestó. Esto es lo que hacen generalmente cuando se hallan en un árbol comiendo los frutos: durante sus excursiones de merodeo, despliegan su astucia y prudencia en el mas alto grado.

Los loros comen principalmente frutos y granos: algunos, no obstante, apenas se alimentan mas que del néctar de las flores, del polén, y acaso tambien de los insectos que habitan el cáliz de aquellas. Á los aras y las cotorras les gustan mucho los retoños de los árboles y los botones de las flores, y ciertos cacatúas no desprecian tampoco las larvas de los insectos y los gusanos. Creo, por otra parte, que las grandes especies observan un régimen mucho mas animal de lo que se cree; veo una prueba de ello en la sed de sangre que experimentan ciertos loros, y tambien en la avidez con que reciben la carne cuando están cautivos, si se les acostumbra á este régimen. Yo he tenido loros que se precipitaban sobre sus compañeros; abríales el cráneo y sacaban el cerebro; mas no puedo decir si se lo comian ó no. Un loro al que se dejaba entrar y salir libremente, se complacia, segun me contó su propietario, en sorprender á los pajarillos apenas salian del nido; los mataba y desplumaba con mucha limpieza; comia una parte y tiraba despues los cadáveres. Á decir verdad, aquel era un animal cautivo, acostumbrado por consiguiente á comer de todo; estos hechos aislados nada prueban contra la alimentacion casi exclusivamente vegetal de los loros.

Curioso espectáculo es ver á estos animales cuando van de merodeo y se dejan caer sobre un árbol frutal ó un campo. En tales circunstancias parecen verdaderamente unos monos alados; cada cual despliega una astucia, y desde lejos acuden todos presurosos hacia el sitio donde se vé una buena presa. «Varios frutos que prefieren en particular, dice el príncipe de Wied, atraen á los tímidos aras á larga distancia del lindero del bosque.» Gould ha visto casi siempre á los periquitos de lengua de pincel en los eucaliptos, cuyas flores les ofrecen abundante alimento; jamás los ha encontrado en otros árboles.

Todas las grandes especies dan pruebas de ser muy prudentes cuando buscan la comida, haciéndolo así aunque se hallen en el bosque. «Los grandes aras de plumaje verde dorado, que habitan en los Andes, dice Pœppig, se precipitan en bandadas sobre las rojas eritrinas cuyas flores devoran; lanzan gritos atronadores; pero tienen la prudencia de callarse cuando quieren merodear en un campo de maíz. Cada individuo reprime entonces su deseo de chillar; solo se oyen algunos sordos murmullos; y la obra destructora sigue su curso rápidamente. El cazador y hasta el indio, furioso al ver sus cosechas destruidas, no puede acercarse fácilmente á las

ladronas aves, pues las de mas edad están de centinela en el árbol mas alto. Á la primera señal que dan contesta un grito á media voz; á la segunda emprende el vuelo toda la bandada, lanzando agudos gritos, y se dirijen á otro sitio para continuar sus depredaciones.»

Schomburgk confirma en un todo este relato, y añade que á menudo no se reconoce la presencia de semejante bandada de loros sino por las cubiertas de los granos que al caer sobre las hojas producen un ruido fácil de oír desde lejos. Le Vaillant, que ha visto loros sorprendidos en medio de un festin por la presencia de un enemigo, dice lo siguiente: «Permanecieron inmóviles; no se oia nada, y sin embargo, habia allí varios miles de loros reunidos. Sonó una detonacion, y al momento se remontó toda la bandada por los aires, produciendo un gran estrépito.»

En los sitios donde saben que nada tienen que temer del hombre, no sucede lo mismo. En la India, al decir de Jerdon, penetran en las ciudades, y se posan en los tejados de las casas, sin duda para dirijirse desde allí á los campos y jardines.

Los daños que ocasionan son inmensos, y justifican todas las medidas que se han adoptado contra los loros, pues nada está seguro en las localidades que frecuentan. «Los grandes aras, particularmente, dice el príncipe de Wied, abren con su vigoroso pico los frutos y las nueces mas duras.» No obstante, saben contentarse lo mismo con un fruto succulento que con un pequeño grano: las ranuras de la mandíbula superior les permiten cojerle, por liso y diminuto que sea; y tambien les sirve de mucho para ello su lengua movible. En un momento queda abierta la nuez, despojada la espiga y descubierto el grano; si no les basta el pico recurren á sus patas.

Á semejanza de los monos, destruyen mucho mas de lo que comen: las bandadas innumerables que caen sobre los árboles ó los campos se atracan cuanto pueden, y no es tanto lo que se llevan para comérselo cómodamente, como lo que echan á perder. Al caer sobre un jardín registran cada árbol, prueban todos los frutos, tiran todos los que no les parecen bastante sabrosos y solo devoran aquellos que mas les convienen. De este modo despojan todo un árbol, comenzando por las ramas inferiores; y al llegar á la cima, lánzase sobre otro para repetir la misma operacion. En la América del norte y en Chile, deshojan los árboles antes de que maduren los frutos, á fin de saborear la leche que rodea el grano. Segun informes de Audubon, les gusta mucho el trigo amontonado en los campos; sacan con mucha limpieza el grano de la espiga y dejan esta y la paja para el campesino. Los unos prefieren cierto alimento, y los demás otro; pero por regla general, no hay fruto ni cosecha que no devoren; siendo esta la razon de la falta de buena armonia entre el hombre y estas aves.

Despues de tomar su alimento van los loros á beber y á bañarse; absorben mucho líquido, y hasta toman el agua salobre, segun dicen Audubon y Schomburgk. Acostumbra á bañarse en las charcas: Le Vaillant refiere que lo hacen de tal modo, que las gotas de agua los rocian á manera de lluvia; y Audubon asegura que les gusta restregarse en la arena como hacen las gallinas, cubriéndose tambien las alas de polvo. Al efecto se arrastran algunas veces hasta el nido de los grandes martines pescadores; buscan las tierras impregnadas de sal; y esto explica por qué se encuentran siempre loros cerca de las corrientes saladas, en el interior de los bosques.

Estas aves se reproducen en la estacion que corresponde á la primavera de su patria, y en la que precede á la época de la madurez de los frutos. Parece que las grandes especies no ponen mas que una vez al año, y solo dos huevos: los platicercos de Australia y demás loros de larga cola forman excepcion á esta regla, pues ponen tres ó cuatro, y algunos hasta seis ó nueve huevos, dos ó tres veces al año, segun ha podido observarse en individuos cautivos. Los paleornis y los cacatúas ponen siempre mas de dos huevos; pero una sola vez; los de los loros son redondeados, blancos y de cáscara lisa.

Los loros prefieren siempre fabricar su nido en el hueco de un árbol: algunas especies americanas se albergan en las grietas de las rocas; y las cotorras de la India, al decir de Jerdon, en los agujeros de las casas viejas, de las pagodas y de las tumbas. Los loros terrestres ponen sus huevos en la tierra desnuda. Audubon asegura que habitan el mismo nido varias hembras, lo cual me parece un error; pero de todos modos, lo cierto es que los loros que for-

man grandes bandadas anidan unos junto á otros. Molina habló ya de semejantes reuniones, observadas por él en Chile, y Poeppig dá de ellas una descripción muy completa. «Este espectáculo, dice, sorprenderá seguramente á todo el que le vea por primera vez. Avanza el viajero con gran trabajo hasta la pared vertical de una roca, y se cree completamente aislado; á su alrededor reina ese silencio que en las zonas tropicales de América indica la hora del medio día; óyese, no obstante, por todos lados una especie de murmullo; pero por mas que se mira, no se vé de dónde procede. De pronto resuena el grito de alarma de un loro; repítase luego, y en un instante se vé rodeado el viajero por nubes de pájaros, que en compactos círculos vuelan á su alrededor, cual si quisieran caer sobre él.»

Por todas las grietas de la roca asoman cabezas de loros, y los que no huyen, indican con sus gritos que participan de la emoción general. Cada abertura es la entrada de un nido formado por el pájaro en las capas de margas que separan las masas roquizas; á veces se cuentan centenares de ellas; pero siempre situadas fuera del alcance de todo carnívoro. En los bosques no se encuentran semejantes asociaciones, porque allí es mucho mas difícil hallar condiciones favorables para la nidificación comun. Los loros buscan, sobre todo, los grandes árboles, cuyos troncos ó ramas presentan huecos en varios sitios: en África anidan de preferencia en las adansonias, y en los agujeros mas bien que en el ramaje, cuando el árbol está fuera del bosque. En las estepas del Kordofahn vió una arboleda aislada de adansonias, y aunque desprovistas de sus hojas, habíase domiciliado allí una colonia de loros, los cuales no hubieran elejido seguramente aquel punto si los árboles no hubiesen estado huecos.

Cuando los loros no encuentran para su nido un árbol preparado, sea por un diestro pico, ó por una feliz casualidad, deben arreglarlo por sí, en cuyo caso se vé cómo saben utilizar su pico. El macho y la hembra, en especial esta última, practican un agujero en la corteza; suspéndense del tronco con su acerado órgano, royendo mas bien que cortando, y levantan fibra por fibra hasta formar la abertura. Cierta es que necesitan para esto algunas semanas; pero á fuerza de constancia consiguen su objeto. Practicado el agujero, queda hecho lo principal: algunas ramitas ó astillas bastan para cubrir el fondo, pues el loro se contenta con un nido muy imperfecto. «En el blanco tronco de una palmera iremis, dice Poeppig, vió una brillante cola de plumas de color azul celeste: era un ara amarillo, que se ocupaba en ensanchar con su pico un nido del pájaro de este nombre; y en él ponía sus huevos, aunque no le era posible introducir la cola.» Solo la hembra incubaba; mientras tanto el macho le lleva el alimento, y la distrae con su cacareo. El nímico de la Nueva Holanda constituye una excepcion, pues el macho ocupa el lugar de la hembra.

Entre las pequeñas especies, como por ejemplo, la cotorra ondulada, la hembra cubre los huevos por espacio de diez y seis á diez y ocho días; otros loros emplean diez y nueve, veinte y tres ó veinte y cinco: no se sabe cuánto tiempo dura la incubación para los aras.

Los polluelos salen muy imperfectos; pero se desarrollan rápidamente: aunque no los cubre al principio mas que un escaso plumon, salen á los cinco ó seis días las primeras plumas, y abren los ojos á los ocho ó diez. Las pequeñas cotorras onduladas abandonan su nido por vez primera á los treinta y tres días, y dos despues vuelan por los alrededores.

Es de notar que algunos loros pequeños presentan en el pico prolongaciones en forma de dientes, las cuales desaparecen mas tarde; caen y son reemplazadas por masas cartilaginosas. Créese que estos dientes son las extremidades, cubiertas de papilas córneas, de vasos y nervios que favorecen y regularizan el crecimiento del pico.

El padre y la madre alimentan á sus hijuelos hasta algun tiempo despues de abandonar el nido; humedecen en su buche los granos destinados para ellos y se los introducen en el pico. Schomburgk ha observado un par de loros que anidaban cerca de su campamento y ha visto que los hijuelos no recibían su comida mas que dos veces diarias; una á las once de la mañana y otra á las cinco de la tarde. «Cuando llegaban los padres, dice, posábanse sobre una rama cerca de su agujero, y si veían que se les observaba, permanecían inmóviles, esperando una ocasion para desaparecer en el nido sin ser observados.»

Los padres prodigan los mayores cuidados á su progénie: en caso de peligro la defienden con tanto valor como abnegación; y si están cautivos no permiten que se acerque ni aun el amo, por mucho que le conozcan y amen.

Ciertas especies adoptan á los pequeños abandonados y los tratan con el mismo cariño, aunque no pertenezcan á su especie. «El cirujano del buque *Triton*, con quien hice la travesía de Nueva Holanda á Inglaterra, refiere Cunningham, poseía dos loros, uno de los cuales era demasiado pequeño para poder alimentarse por sí mismo. El de mas edad, un loro azul, se encargó de cuidarle, y lo hizo con la mayor ternura. La amistad de las dos aves pareció estrecharse con el tiempo; pasaban todo el día acariciándose; el mas viejo enlazaba tiernamente al otro con sus alas; hasta tal punto llegaron á ser ruidosas las pruebas que se daban de su afecto, que se resolvió separarlos para que no tuviesen motivo de queja los pasajeros. El mas jóven fué trasladado á mi camarote, donde habia otras varias aves; pero al cabo de dos meses consiguió escaparse el loro azul, y guiado por la voz de su ahijado, penetró en mi cámara y se cojió á la jaula. Entonces volvimos á reunir á los dos amigos, mas á los quince días murió el mas jóven, por un accidente imprevisto: el otro se entristeció, no se oyó mas su voz y poco despues dejó de existir.»

Debe advertirse, no obstante, que á veces se observa todo lo contrario: así, por ejemplo, yo tuve una pequeña cotorra ondulada, y apenas la reuní con algunas de sus congéneres, fué acometida y maltratada con tal violencia, que sucumbió á poco.

Los loros se engalanan, por lo regular á los dos años, de su plumaje definitivo, y son aptos ya para reproducirse: las pequeñas especies no necesitan mas que un año, y á pesar de esta precocidad, viven largo tiempo. Se ha podido reconocer el hecho en loros cautivos, que sobrevivieron á la familia en cuya compañía pasaron su juventud. Cuéntase en una leyenda americana que ciertos loros han visto desaparecer á todo un pueblo. «Es probable, dice Humboldt, que la última familia de los Atures tardara en extinguirse, pues en el Maypures vive todavía un viejo loro al que no entienden los indígenas, porque, segun dicen, habla la lengua de los Atures.»

Es probable que los mas de los grandes loros mueran mas bien de vejez que en las manos ó en las garras de sus enemigos, aunque tambien los tienen, siendo el hombre el mas temible de todos ellos. Merced á su cautela y perspicacia, consiguen escapar de los carnívoros, y tambien saben defenderse contra los que pueden penetrar hasta su retiro. Las rapaces y los mamíferos arborícolas que se alimentan de carne, hacen á menudo presa en las especies pequeñas; pero las grandes luchan con éxito, sirviéndose de su acerado pico como de un arma poderosa. Contra el hombre no tienen defensa; deben sucumbir irremisiblemente ante sus medios de ataque.

CAZA.—En todas partes se persigue á los loros; por dó quiera se les caza con cierta afición, ya por la utilidad que puedan reportar, ó bien para impedir sus destrozos. Esto es necesario en todas las localidades donde las plantaciones se hallan inmediatas á los bosques habitados por los loros. «No se crea, dice Audubon, que el propietario sufre tranquilamente los perjuicios que le ocasionan estas aves; trata de sorprenderlas en sus excursiones, y les hace pagar con la vida su rapacidad. Provisto de su escopeta, bien cargada, se desliza hasta cerca de ellas, y de un solo tiro hace caer á veces ocho ó diez. Las otras se levantan, chillan, revolotean describiendo círculos durante cinco ó seis minutos; se acercan á los cadáveres de sus compañeras; rodeánlos lanzando gritos plañideros, y caen á su vez, víctimas de su amistad, hasta que el plantador no las cree ya bastante numerosas para causar daño en sus cosechas y deja en paz á las que sobreviven. En pocas horas he matado yo así varios centenares de loros, llevándome cestos llenos de sus cadáveres; pero los que solo están heridos se defienden vigorosamente, y con su cortante pico ocasionan á veces profundas heridas.» Los chilenos esperan á que los loros se hayan posado en un campo, y entonces se lanzan de improviso sobre ellos y los matan á palos; los habitantes de Australia los asustan cuando descansan, y disparan sus flechas contra la bandada que vuela. Algunos cazadores temerarios se deslizan á lo largo de las paredes de roca, donde los loros establecen su morada, y con unos garfios se apoderan de los pequeños que se hallan en los nidos. Los cazadores de casualidad y los malos tiradores tratan de sorprenderlos cuando duermen: si no alcanzan el nido, colocan lazos de toda clase para cazarlos.

CAUTIVIDAD Y DOMESTICIDAD.—Ignórase en qué época se comenzó á domesticar á los loros, si bien parece ser contemporánea de aquella en que fueron sometidos nuestros animales domésticos. Alejandro el Grande, ó acaso uno de sus generales, trajo loros domesticados de las Indias, los cuales halló seguramente en las viviendas de los indígenas. Estas aves eran comunes en Roma, y muy buscadas á causa de su belleza y gracia.

«¡Oh desgraciada Roma! exclamaba el rígido Catón el Censor, ¡á qué extremo te ves reducida, cuando las mujeres crían perros en su seno y llevan los hombres loros en la mano!» Poníanse estas aves en jaulas de plata, de concha y de marfil, y habia personas encargadas exclusivamente de cuidarlas y enseñarlas, ante todo, á pronunciar el nombre de *César*. Un loro que hablara costaba á menudo mas que un esclavo: Ovidio no se desdeñó de cantar á una de estas aves; Heliozóballo no creía poder ofrecer á sus convidados un manjar mas raro que un plato de cabezas de loro: en tiempo de Nerón no se conocían aun mas que las especies indias, y hasta mas tarde no se importaron los loros de África.

En la época de las cruzadas tenían loros los opulentos barones para adornar sus palacios, y se les enseñaba á hablar, segun se deduce de la siguiente cita de Cristian von Hameln: «Quisiera que pudiese hablar como loro en jaula.»

Al llegar á América encontraron los compañeros de Colon loros domesticados en las cabañas de los indígenas, y aun podrian verse en la actualidad. Schomburgk nos dice que en su país se les deja volar libremente sin cortarles las alas: «Yo he visto á varios, escribió dicho naturalista, reunirse por la mañana con sus congéneres salvajes, marcharse con ellos, y volver por la tarde á la cabaña del amo.» «Cierta dia, añade, divisamos una arboleda que parecia cubierta de flores amarillas; regocijábame yo de haber descubierto un nuevo vegetal, cuando reconocí de pronto que las tales flores se movian cambiando de sitio: eran *kessi-kessi* (*conurus solstitialis*) domesticados, que al acercarnos nosotros emprendieron su vuelo con infernal estrépito, dirigiéndose á una cabaña vecina.» De los relatos de Schomburgk se desprende que en los pueblos indios reemplazan los loros á las gallinas, solo que intervienen mas que estas en la sociedad del hombre. «No deja de ser un hecho curioso la inclinación que tienen los monos y los loros hácia los niños: rara vez he visto jugar á los muchachos indios sin que hubiese entre ellos algunos de dichos animales, y obsérvese que los loros aprenden muy pronto á imitar todos los sonidos que oyen; el canto del gallo, el ladrido del perro, y los lloros y risas de los niños.»

La suerte del loro que vive en Europa es bien triste, si se compara su vida doméstica en aquellos países. Las peores horas para él son las que pasa antes de llegar á su destino. El indio que le coje para cambiarle por algun producto de Europa, le deja en el puerto mas próximo en manos de algun marinero, que ni sabe cuidar del animal, ni darle el alimento que le conviene, resultando de aquí que la mitad de los loros embarcados no pueden resistir la travesía, y muchos de los que sobreviven, van á morir en las oscuras y sucias tiendas de los vendedores de pájaros. Solo cuando el loro encuentra un buen amo mejora su suerte; pero muchas veces se ha vuelto tímido, desconfiado y maligno, y no pierde hasta mucho tiempo despues estas malas cualidades.

Sin embargo, el loro es un animal juicioso; sabe acomodarse á las circunstancias y se acostumbra desde luego á toda especie de régimen. En vez de los frutos sabrosos y de los granos de sus bosques natales, toma los alimentos del hombre, que le agradan tanto mas, cuanto mas los vá conociendo. Al principio le bastan los cañamones y el mijo; pero luego es ya mas delicado; le dan goli-sinas y llega á ser tan gloton, que no se contenta con un alimento sencillo. Se le puede acostumbrar á comer de todo; á beber café, té, vino y cerveza, y embriágase con los licores espirituosos. Los pequeños platicercos de Australia son los únicos que constituyen una excepcion, pues solo comen granos y hojas. Se ha dicho que el régimen animal á que se somete á los loros les hace contraer la mala costumbre de arrancarse las plumas hasta el punto de quedarse calvos, si tal puede decirse. Se ocupan en semejante tarea con mucho ardimiento, y ningun castigo, por mas que sean muy sensibles á todos, es suficiente para que pierdan semejante costumbre. ¿Debe reconocerse por causa el nuevo régimen? Es muy probable, pues nunca he visto á los loros encolerizarse de tal manera contra sí mismos cuando toman un alimento sencillo. Segun lo que yo he visto por mis propias observaciones, las grandes especies

de loros se conservan muy bien cuando se les da de comer cañamones, arroz cocido, avena, maíz, lechuga, coles y frutas; á las pequeñas especies les conviene mejor el mijo, la lechuga y hojas; las almendras amargas, y el perejil, segun Buete, son para todas venenos mortales.

Segun se nota en todos los animales superiores, entre los loros los hay que aun siendo de la misma especie, se instruyen con mas ó menos facilidad, ó están mejor ó peor dotados. Estos aprenden mucho y pronto; aquellos poco y muy despacio, y algunos no aprenden nada; pero un buen sistema de educación produce por lo regular los mejores resultados.

Á los loros les sirve de mucho su excelente memoria, pues recuerdan las cosas durante algunos años; es tan indispensable para ellos como su lengua movable, sin la cual no podrian imitar la voz humana. Se fijan en una idea y retienen la palabra; á esta se agrega una segunda y luego una tercera; y su facultad se desarrolla á medida que se ejercita mas. Hé aquí cómo el hijo de las selvas vírgenes, puesto en contacto con el hombre, se amolda mas y mas á su imagen, convirtiéndose en un sér al que no podemos rehusar cierta estimación. El loro se humaniza por decirlo así; la educación le forma y le vá civilizando, si es permitida la frase; pero este ser, como el perro y tantos otros que reciben la instrucción de otro superior, debe ser tratado con dulzura y cariño, á la par que con firmeza, pues de otro modo se le viciaria sin educarle. Un exceso de afecto es tan nocivo como demasiada severidad: la mujer que vive sola con su loro le convierte en un sér insoportable, porque le mima demasiado y le atiende mas de lo que debiera. La primera condición consiste en colocarlo en una reducida jaula, á fin de que su amo pueda ocuparse de él convenientemente; si se le deja en libertad en lugares espaciosos, rara vez se domestica, y menos aprende á hablar; no se le debe dejar libre sino cuando su educación está casi terminada.

Los loros exigen ciertas condiciones para llegar á satisfacer uno de los mas vivos deseos de los aficionados, cual es el de poner huevos; el hecho es raro en los individuos cautivos, porque no se les tiene en sitio conveniente; pero muchas observaciones prueban, sin embargo, que no es muy difícil que se reproduzcan en nuestras moradas cuando se les da espacio y reposo, y un nido á propósito. Una vasta pajarera donde puedan pasar todo el año tranquilamente, y un tronco de árbol de madera blanda, con un agujero bastante grande, son las condiciones esenciales para que pongan los loros: de donde resulta que se contentan, segun se ve, con poco y que saben acomodarse perfectamente á todas las circunstancias.

Confieso francamente que me gusta mas ver á los loros reunidos en una gran pajarera que en una estrecha jaula, aunque hablen en ella perfectamente; poseo una gran pajarera donde viven juntos unos veinte loros de diversas especies, mas de cuarenta pinzones, alondras y mirlos, y el verlos es uno de mis mas agradables pasatiempos. Todos viven en paz y buena armonía, sin disputar nunca; las pequeñas especies se han apoderado de todos los nidos, y algunas hembras han puesto despues de aparearse.

USOS Y PRODUCTOS.— Aunque dura y filamentosa, la carne de los loros es muy apreciada, y sirve sobre todo para hacer un buen caldo, calificado de delicioso por Schomburgk. Á los chilenos les gusta muchísimo: los indios de América y los salvajes de Australia persiguen activamente á estas aves para comer su carne.

Mas bien se cazan, sin embargo, con el fin tener sus hermosas plumas. «Nada mas natural, dice el príncipe de Wied, que este adorno, tan precioso como sencillo, y tan buscado por los salvajes; y á fé que son magníficos los toscos trabajos de pluma que hacen aquellos pueblos incultos, y de los cuales nos hablan los viajeros. Varias tribus indígenas del Brasil se han distinguido particularmente en este arte; y hasta se dice que saben teñir las plumas del loro con sangre de rana, lo cual seguramente es una fábula inventada por algun natural, y referida por él á un europeo demasiado crédulo. La marcada afición que manifiestan los pueblos salvajes á las plumas de loro, es muy antigua y está muy generalizada. «En las épocas mas remotas, dice Poeppig, los habitantes de los linderos de los bosques llevaban á los incas plumas de aras para adornar sus palacios; y los antiguos historiadores del Perú nos dan á conocer que el afán de buscar estas plumas y la coca, indujeron á los hombres á penetrar en las terribles selvas vírgenes.»

» Por este concepto ocupan los loros un lugar en la historia del mundo; y no se crea que el hecho que acabamos de citar es ais-